

CUANDO SUS OJOS FUERON APUÑALADOS POR EL DESTELLO DE UNA LUZ AZUL

Seudónimo: Dora Diamant

A John Updike por The orphaned swimming pool

Cuesta despertar cuando la casa está en silencio. Las ventanas cerradas impiden el ruido natural de las mañanas. Se filtra un poco de luz tras las persianas, varios haces delgadísimos quieren tocarme, pero ondulan según el viento que mece al árbol, el enorme olmo que plantó mi abuelo. No puedo salir del enredo de sábanas, siento que me elevo y vuelvo a caer con pesadez, como si estuviera atada. Tanto sosiego me aturde; es mejor volver a Marco Stanley.

Tenía lista la carta para enviársela y los libros ya estaban empaquetados. Iría al correo a despacharlos junto con el sobre blanco, sin timbres; dentro, mis palabras, si no aclaratorias, sinceras. Él hubiera recibido el paquete dentro de 15 o 20 días; extrañado miraría el remitente, descifrando cada letra y tomando, el estilete abrecartas para rajar el cartón de embalaje. Luego, sin entender, los miraría uno a uno, pero no alcanzaría a leer la carta. Un llamado urgente, la alarma del reloj anunciando la hora de alguna medicina, un grito en la calle, lo sacarían de esa

actividad y luego, muy luego, se pondría las gafas, con un poco de tedio arrugaría el ceño, respirando hondo, y se iría de su estudio a un lugar que desconozco.

Quedé desolada luego de leer la noticia de la muerte de Stanley en los diarios digitales. Deshice el paquete y devolví mis libros a la biblioteca, escondiéndolos entre tanta enciclopedia fastuosa, avergonzada de ese acto inútil, la acción de enviar palabras a un desconocido, por qué no decirlo, un perfecto desconocido que ya extrañaba, como una *groupie* chillona que adora a su banda y la sigue a todos lados. Adrián estaba celoso, estoy segura. «Siempre leyendo o escribiendo, ¿no tienes otra cosa que hacer?», decía, mientras se ponía la corbata. Y yo no levantaba la vista del libro, absorta, alejada de esa mirada glacial que intentaba congelarme, de aquellas amenazas sutiles y el posterior portazo, donde respiraba aliviada.

Marco Stanley es mi escritor favorito. Las novelas que no conseguí en español las leí en inglés y las bajé desde Amazon Kindle, que es mucho más barato que el formato en papel. He leído toda su obra y espero alguna colección de cuentos póstuma, una recopilación de ensayos o crónicas. Tendré que estar alerta, aguardando, como el perro fiel espera que su amo le lance el hueso que él ya ha roído. Y capaz que tenga que robar o pedir limosma para seguir leyendo. Mientras tanto, no sé, quizás ordenar la casa, lavar las cortinas de la sala de estar, recoger los damascos del pasto. El verano es largo, caluroso, insoportable, pero si me levanto temprano podré organizar los cajones de la cocina, sacar brillo a esas tenazas de plata, en caso de que venga Adrián y, abriendo la puerta, anuncie: «¡Llegué!». Porque a él le gusta comer con elegancia y beber buen vino. A él le agrada una mesa puesta con estilo. Pero, Adrián no vuelve, no tiene por qué volver

cuando yo misma lo eché de casa, arrojando sus cosas por la ventana del segundo piso, al más puro estilo de una novelita rosa, repleta de lugares comunes. Soy una lectora insaciable que lava su cara por las noches, antes de dormir, y la estira con masajes aprendidos en algún *reel* de redes sociales. Porque ya cuelga un poco el labio inferior, la dentadura está cubierta de algo indescriptible, las ojeras se marcan cada vez más, y los ojos se fatigan con tanta historia y crímenes sin resolver. La vista se cansa con tanta lectura, sí, y el colirio soluciona el enrojecimiento y los ojos vuelven a brillar en el enfoque perfecto. Así era antes... La frase corta, sin florituras, directo al grano, donde la ficción se desenvuelve como una gasa y mi vida se encierra con llave..., sin adjetivos estridentes... y los personajes son redondos, globos de cumpleaños que revientan solos cuando la fiesta ya ha terminado.

Tonterías, la casa sigue resplandeciendo, se trata de detalles: una araña que ha urdido su tela en la gran lámpara de cristales, una copa de Praga trizada, volcada debajo de la mesa, y la piscina, la gran piscina que, de un día para otro, está llena de hojas, el agua muy sucia, hedionda a algas, a algo que se descompone inexorablemente. Perdí el contacto de la empresa que venía cada 10 días a limpiarla, o quizás ellos no vinieron más porque la última vez, creo recordar, les quedé debiendo dinero. Insistieron y yo prometí solucionar el problema apenas llegara la transferencia de Adrián. Y ahora es muy tarde. El pasto está seco como yesca, el quitasol se ha roto y exhibe impudicamente los fierros, la tela ya quemada y desteñida por el sol se ha comenzado a deshilachar y algunos pedazos flotan en el agua, junto a una pabela cuya cinta negra se ha perdido. Pormenores. Minucias que podría resolver en poco tiempo; quizás un buen hombre, un *hombrecito* como

decía mamá, que me ayude a levantar lo que se ha caído, que utilice la malla y filtre el légamo que se ha formado, activando el motor que se ha detenido, vaciando el cloro y el anti algas, recogiendo los restos del quitasol, desempolvando las *chaises longues*, regando las hortensias deshidratadas. Un hombrecito, sí, que trabajara gratis, porque plata no tengo; Adrián se llevó todo. Gratis, un plato de comida, hasta compota de damascos le podría dar, la piscina donde su cuerpo hinchado comenzó a flotar desde ayer o anteayer y aún puedo oírlo: «¡Llegué, mi amor! ¿Dónde te metiste, cielo? La casa huele muy bien. ¿Qué cocinaste? *Shepherd's pie*?» Tan siútico el cretino, qué le costaba decir “pastel de papas”, mientras se sacaba la ropa para tirarse en picada, y yo leyendo el final de la novela de Marco Stanley donde ella toma la pistola con silenciador, saca el seguro y dispara a quemarropa al hombre de espaldas pronto a lanzarse al agua. Cuando sus ojos fueron apuñalados por el destello de una luz azul, el amante que antes le había golpeado la mejilla, cae. Encandilada, sin levantar la vista de esas páginas donde todo sucede muy velozmente, el corazón detenido de emoción, hasta que alguien toca el timbre, un vecino imprudente que ha venido a reclamar: el hedor del agua sucia de la piscina llega hasta su patio, la chicharra del intercomunicador, la voz entrecortada, el cuerpo verduzco boca abajo cubierto de hojas en la página 230. El timbre suena varias veces. Alcanzo a oír un improperio, una maldición, un grito que me llama con rabia. Asustada, muda, me detengo en el centro del *hall* de entrada donde la pintura se ha resquebrajado y aflora una humedad de lluvias pasadas, y ahora las noches se abaten sobre sí mismas como guantes dados vuelta. Subiré las escaleras sin ejercer demasiada presión en cada peldaño, seré una pluma, una flor de diente de león

soplada por la brisa, las sámaras del olmo, llegaré casi volando a la habitación y me recostaré en la gran cama matrimonial, haré nido hasta que amanezca, envuelta en las sábanas un poco percutidas porque el tiempo transcurre con una rapidez fulgurante, una luz azul que se cuele con intermitencia por la ventana, el timbre nuevamente, el estallido de la puerta y los destellos giran y giran, se van y vuelven, y prefiero cerrar los ojos un momento, sólo un minuto, descubrir que la muerta soy yo y que finalmente han venido a sacarme del agua.

Nota: El título del cuento se extrajo de una estrofa de la canción *The sound of silence*, de Simon & Garfunkel.